

HARRY CLEAVER

UNA LECTURA  
POLÍTICA DE  
“EL CAPITAL”

Traducción de  
EDUARDO L. SUÁREZ

COLECCIÓN



POPULAR

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1979  
Primera edición en español, 1985

A ONDINE y ALICIA

Título original:

*Reading Capital Politically*

© 1979, Harry Cleaver

Publicado por University of Texas Press, Austin

ISBN 0-292-77015-4

D. R. © 1985, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S. A. DE C. V.  
Av. de la Universidad, 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-1865-3

Impreso en México

## AGRADECIMIENTOS

Estoy agradecido con varias personas por sus comentarios críticos y su apoyo moral durante la producción de este trabajo. Tengo la mayor de las deudas con el Profesor George Caffentzis de Brooklyn College, un viejo amigo y uno de los fundadores originales de *Zerowork*. Su apoyo fue valiosísimo durante el verano de 1975, cuando se escribió el primer borrador, y el manuscrito refleja, así sea de modo imperfecto, varias de sus intuiciones brillantes sobre el significado del trabajo de Marx. Entre las personas cuyos comentarios me han ayudado a aclarar muchas de las ideas de este libro, quisiera expresar especialmente mi agradecimiento a Amy Hirsch, Rayna Reiter, Rich Bethel, Rick McGahee, Bob Korstad, Phil Mattera, Peter Bell y William Cleaver. Estoy particularmente en deuda con quienes leyeron e hicieron comentarios útiles sobre algunas partes del manuscrito: Phil Mattera, Peter Linebaugh, Silvia Frederici, Paolo Carpignano, John Merrington, Yann Moulier, Sergio Bologna, Martín Glaberman, y Mark Richie, Trudy Cooper y Mariarosa Dalla Costa. Gracias también a las siguientes personas por haberme ayudado a obtener materiales de diversos grupos de importancia histórica en el desarrollo de la clase de análisis presentado en este libro: Bruno Cartosio y Martín Glaberman por los materiales de la Tendencia Johnson-Forest, *Correspondencia*, *Encarando la Realidad*, y *Noticias y Cartas*; Peter Linebaugh por los documentos internos de la Oxford Road Collective y los materiales publicados de *Materiaux pour L'intervention* y *Comarades*; Allain Guillermin por compartir conmigo su colección de *Socialisme ou Barbarie* y sus conocimientos al respecto; Bruno Cartosio, Yann Moulier, John Merrington y Antonio Negri por ayudarme a aclarar algo de la historia de la Nueva Izquierda Italiana y a encontrar materiales importantes de su desarrollo.

## PRESENTACIÓN

NINGUNA de las revoluciones sociales que han triunfado en América Latina después de Marx contaba, al acceder al poder, con una teoría revolucionaria emanada del marxismo o con una organización política construida según sus cánones.

La afirmación es dura, tan dura como los hechos que la sustentan. Aquí no es posible explicarla y mucho menos “demostrarla”. Pero tampoco eludirla.

Marx llegó tarde a la América Latina. Y llegó mal.

No nos referimos a su conocida incomprensión respecto al continente. Reconozcamos la pertinencia de ese hecho. Admitamos, por ejemplo, que la polémica sobre su *Bolívar* no es asunto académico y que resolverla *prácticamente* tendrá las más amplias consecuencias políticas.<sup>1</sup> Recordemos la posición general de Marx y Engels sobre la necesidad histórica de la expansión capitalista a escala mundial, como prerrequisito para el socialismo, y la necesidad correlativa de subvalorar a los países “atrasados”, los “pueblos sin historia”, etcétera. Pero aquí se trata de la *forma de inserción* del pensamiento marxista en América Latina, o sea, de traducciones, versiones y lecturas de Marx, más que de él, de sus luces y de sus oscuridades. Se trata, sobre todo, de las prácticas políticas cometidas y acometidas en su nombre.

<sup>1</sup> Ver al respecto, José Aricó, “Marx y América Latina”, en *Estudios Contemporáneos*, UAP. Puebla, abril-junio 1980, núm. 2. También: Domingo P. de Toledo, *México en la obra de Marx y Engels*, México, FCE, 1939.

Quizá el asunto de las traducciones no merezca muy amplia consideración. Pero no es por azar que las primeras traducciones al español de *El capital* se hayan publicado en Madrid.<sup>2</sup> Que el monumental y valiosísimo esfuerzo de Wenceslao Roces, cálida contribución del exilio *español*, haya erigido en versión oficial de Marx para los latinoamericanos una traslación desprolija tan cuajada de errores y omisiones como de aciertos. Y que hayamos tenido que esperar hasta los años setenta para contar con una buena edición crítica de *El capital* (la tarea de Pedro Scaron).

Tampoco es simple anécdota que José Carlos Mariátegui, quien acaso sea el pensador marxista latinoamericano de mayor originalidad y vigor, haya tomado contacto con el marxismo en Europa, durante el largo viaje que realizó entre 1920 y 1923. El fenómeno ha tendido a repetirse, con los consabidos resultados de todas las segundas partes. Louis Althusser no es lo mismo que Karl Marx, como bien demuestra Cleaver. El asunto se torna grave cuando el lector latinoamericano se acerca a Marx en la versión evangélica de Martha Harnecker sobre el catecismo de Louis Althusser.

En 1980 Michael Lowy se ocupó de llenar un vacío: presentar, mediante un recorrido antológico, la evolución histórica del pensamiento marxista en América Latina.<sup>3</sup> Lowy detecta en el marxismo latinoameri-

<sup>2</sup> La de Juan B. Justo (1898) y la de Manuel Pedrosa (1931). Incluso la versión parcial de Paul Lafargue se preparó durante su exilio en España.

<sup>3</sup> *Le marxisme en Amérique Latine-Anthologie*, París, Maspero, 1980. [*El marxismo en América Latina (de 1909 a nuestros días)*. Antología, Era, México, 1982]. Desde luego, el espacio que llena este libro no estaba ocupado por la aproximación sesgada de Luis E. Aguilar (*Marxism in Latin America*. Filadelfia, Temple University Press. 1978) y por algunos otros intentos aislados semejantes. Mucho menos por las múltiples "historias" de partidos comunistas que circulan en Amé-

cano dos tentaciones opuestas: el exotismo indoamericano y el europeísmo. La primera conduce a absolutizar la especificidad de la región, lo que desemboca habitualmente en la negación del marxismo. En los términos de Haya de la Torre: puesto que "el espacio-tiempo histórico indo-americano" obedece a leyes propias, distintas a las que se aplican en el "espacio-tiempo europeo", es preciso "negar y continuar el marxismo" con una nueva teoría aplicable a nuestras condiciones.

La segunda tentación es la más extendida y la que ha cobrado más víctimas. Corresponde a una "concepción que se limita a trasplantar mecánicamente a la América Latina los modelos de desarrollo económico y social de Europa en su evolución histórica hasta el siglo XIX". Es un ejercicio laborioso que intenta encontrar equivalentes latinoamericanos para cada uno de los aspectos de la realidad europea que estudiaron Marx y Engels, a fin de fundamentar las equivalencias políticas, que definen dogmáticamente los puntos de partida y de llegada. De esta manera, "se clasifica la estructura agraria del continente como feudal, se supone que la burguesía local es progresista, si no revolucionaria, se considera al campesinado como reticente para con el socialismo colectivista, etcétera. En esta problemática, se niega implícita o explícitamente cualquier especificidad de América Latina, y el continente parece concebirse como una especie de Europa tropical, con un siglo de retraso y sometida al dominio del imperio norteamericano".<sup>4</sup>

No cabe descartar a la ligera estas dos líneas de pensamiento. Ninguna crítica al populismo ecléctico

rica Latina. Este esfuerzo tenía que ser historicista y pluralista, a la vez, como el de Lowy, para tener auténtica utilidad.

<sup>4</sup> Lowy, *op. cit.*, p. 13.

del APRA, por ejemplo, debe desconocer que por muchos años representó un gran avance histórico para las masas, que su continuidad refleja vitalidad sociopolítica e ideológica y enraizamiento popular, que ninguna corriente de izquierda ha podido sustituir su fuerza de masas. Es cierto que esta primera línea tiende a negar la revolución y la segunda a posponerla indefinidamente. Pero siempre cabe la posibilidad de que se combinen en una síntesis como la cubana, que reconozca especificidades histórico-espaciales reales dentro de concepciones de valor universal, de tal modo que la segunda línea revolucione a la primera y ésta evite que la segunda desemboque en postergación.

En todo caso, el avance paralelo por esas líneas tendió a dejar sin explicación la condición social de existencia de las mayorías latinoamericanas y sin caracterización teórica suficiente la cuestión estratégica de las estructuras políticas de la región.

Esas mayorías estuvieron constituidas predominantemente por campesinos durante la primera mitad del siglo. En la segunda, campesinos y "marginales" urbanos formaron el grueso de la población del continente. Desconocerlas no ha sido, solamente, producto de la insuficiencia teórica. Representa también una actitud política, en que la lógica del pragmatismo se trasmuta, inevitablemente, en lógica de la represión.

"Este es un libro acerca de unos campesinos que no querían cambiar y que, por eso mismo, hicieron una revolución."<sup>5</sup> La fascinante frase de Womack, al inicio de su peregrinaje por la tierra de Zapata, muestra una cara más del prejuicio que ha sustentado, entre mar-

<sup>5</sup> John Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, Siglo XXI, 1969.

xistas y no marxistas, la percepción del mundo rural. La *resistencia* de los campesinos es absolutamente real e intensa, pero hay un salto mortal en la operación ideológica que la percibe como "resistencia al cambio". La traslación acrítica del costal de papas, la adhesión dogmática a las pautas clásicas de proletarización, la terca afiliación a las concepciones stalinianas sobre el evolucionismo lineal y por etapas y otros muchos velos ideológicos levantaron esta imagen de los campesinos. Se les presenta como supervivencia del pasado y se atribuyen sus comportamientos a la defensa a ultranza de su tradición, su cultura y sus recursos: a una resistencia sin destino ante los vientos de la modernización. Es una imagen prejuiciosa y deformada que se prolonga al encontrarlos en las ciudades; ahí construye el mito de la ruralidad urbana y luego desemboca en el discurso ideológico de la "marginalidad". En todo ello ha influido el predominio, dentro de la izquierda, de grupos e intereses urbanos y clasemedieros, que sienten desconfianza y temor hacia el campesinado y se encuentran adheridos a un esquema teórico-político de tipo dogmático, como la visión leninista-stalinista, en que los campesinos y los "marginales" urbanos se consideran reaccionarios, inertes, masa de maniobras que debe ser conducida por otros.

Como es sabido, la modernización de América Latina, dinamizada desde afuera, se expresó en una violenta explosión demográfica y urbana. Cayeron las tasas de mortalidad sin reducción en las de fecundidad, o sea, se registró progreso técnico y económico en la capacidad curativa y preventiva sin transformación estructural. La esperanza de vida al nacer pasó de 31.1 años en 1920 a 38 años en 1940 y a 55.8 en 1960. La mayor parte del crecimiento tuvo lugar en el medio rural, donde hasta 1950 vivía el 75% de la población

latinoamericana. El porcentaje se redujo a 67.1 en 1960 y a 58.6 en 1970. Pero el fenómeno no se redujo al traslado de la población del campo a la ciudad: jugó un papel decisivo el paso de los pequeños a los grandes centros urbanos y, sobre todo, la metropolización de las sociedades.

En este proceso, la estructura histórica de las ciudades quedó colocada en minoría; el régimen habitacional cayó en pedazos; la expulsión de campesinos de sus comunidades, que pudo parecer semejante a las clásicas operaciones de *clearing of states*, no se correspondió con un rápido incremento en la productividad del trabajo agrícola. Nuevos grupos y clases se formaban y recombinaban con fluidez.

Ante estas realidades emergentes, congelada en la larga noche del stalinismo la frescura del pensamiento revolucionario de los años 20, con sus Mariátegui y sus Mella, sólo teníamos respuestas de impotencia:

–La *negación* de los fenómenos en cuestión, o sea, negar su especificidad, su novedad, para subsumirlos en una generalidad informe que los tornaba difusos;

–La *esterilización*, que suponía confinar esos procesos en un espacio marginal, periférico, que se consideraba secundario y subordinado al “centro” dinámico de la realidad social, mediante la descalificación *a priori* de sus potencialidades propias;

–La *absorción manipulada y castrante*, como fórmula de negación y esterilización, a través de la asimilación de esos procesos a los “centrales” en calidad de mero apéndice: “masa de militancia” aprovechable por tirtios y troyanos.

Mientras los intelectuales marxistas se perdían en la disputa interminable sobre las sagradas escrituras marxianas, esas “nuevas” mayorías, aún difusas para ellos, se ponían en movimiento. Mientras se ocupaban

de la transformación de la verdad, los pueblos se entregaban a la verdad de la transformación.

En nuestras sociedades la conmoción social impuesta por la modernización adoptó en los años cincuenta la forma de extensos y vigorosos movimientos de masas. Pero no se les ofreció un programa de clase. Las proposiciones proletarias seguían concentradas en la minoría obrera, a la cual separaban de las mayorías de trabajadores cuya identidad de clase se negaba o se ignoraba y cuya participación legítima como actores específicos, autónomos, en una lucha potencialmente liberadora de la sociedad, se despreciaba. La alianza impía con las estructuras a las que se atribuía el carácter de burguesías nacionalistas y progresivas era el triunfo del optimismo sobre la realidad: el desarrollismo permitiría que se formase un *auténtico* proletariado industrial, la clase revolucionaria por excelencia.

El 12 de abril de 1945, por ejemplo, los titulares de *La Voz de México*, órgano del Partido Comunista Mexicano, celebraron con entusiasmo el pacto de unidad nacional recién firmado: “Histórico pacto obreros-patronos. Base sólida para el desarrollo y el progreso del país.” El pacto, se sostenía, reflejaba las nuevas condiciones del mundo “que obligan a una alianza de los obreros con los capitalistas”.

Fuera de contexto, este hecho se presta a la interpretación maniquea. No caigamos en ella. Percibamos en él la transitoria vigencia del browderismo explícito, reflejo de la tradición política impuesta por Moscú en los años 30 y 40. Reconozcamos, entre otras cosas, que en esta historia no hay *traición* al marxismo, aunque se le haya utilizado como disfraz de una práctica no revolucionaria. Ante el empuje del capital, en el marco de la flamante hegemonía norteamericana y en virtud de que la destrucción del sistema parecía imposible,

“las modificaciones del capitalismo determinaron las del movimiento obrero”, que así tomó parte activa en las reformas del capital, para el incremento de la productividad del trabajo y la intensificación imperialista de la competencia. La lucha de clases se convirtió en colaboración de clases.”<sup>6</sup>

Esta línea de pensamiento podrá acaso llevarnos a la recuperación crítica del valor revolucionario de los reformismos europeos y contribuir a explicar el comportamiento de los obreros y de quienes aspiraban a formular su programa de lucha en nuestra región. Nos conduciría a rechazar la falsa opción reformarrevolución: la elección no depende de preferencias subjetivas de dirigentes y cuadros sino de actores en juego, relaciones de fuerzas, alianzas y enfrentamientos, mayores o menores posibilidades políticas. Las sociedades no cambian al mismo tiempo en todos sus niveles y aspectos, con las mismas direcciones e intensidades. Los grandes actores sociales (clases, grupos, organizaciones) son entes vivos, complejos y contradictorios. Se hacen reformas o revoluciones según se puede, no cuando se quiere. Reformas preparan revoluciones; revoluciones se realizan en reformas. Por este camino, a cambio de abandonar las confortables seguridades y optimismos de la ortodoxia, renunciaremos a constituir nuevos dogmas y haremos que la teoría, en cambio, identifique potencialidades y obstáculos (Paramio).

Entre nosotros, empero, esto no basta. Necesitamos examinar los supuestos sociales de las tenden-

<sup>6</sup> Paul Mattick, “Marxismo: ayer, hoy, mañana”, en *Nueva Política*, vol. II, núm. 7, julio de 1979, p. 7. Para una revaluación de estas cuestiones, ver los artículos de Ludolfo Paramio y Adolfo Sánchez Vázquez en *Nexos*, núms. 33, 43 y 44.

cias, actitudes y comportamientos que hoy revaloramos críticamente. Revisar, en particular, los nudos teóricos—y su gestación de clase—que impidieron por tanto tiempo reconocer el sentido y la calidad de la movilización de las mayorías latinoamericanas. Es preciso averiguar por qué no podíamos percibir la lucha por la tierra como el símbolo de la unidad profunda de campesinos y “marginales” urbanos y de la circulación de sus luchas. Por qué no percibimos que las tierras de cultivo o los territorios urbanos que palmo a palmo conquistaban eran expresión de la gestión autónoma de sus empeños y base objetiva para llevarlos más lejos. Por qué, sobre todo, no logramos enterarnos a tiempo de que así se *fundaban* como grupo humano, a partir de una movilización que los construía en el proceso como clase para sí, según el título de jerga que pocos se aventuran aún a reconocerles.

En este marco, me parece, cobra su plena pertinencia la publicación en América Latina de este libro de Cleaver.

Aclaremos, ante todo, que no es una *lectura* de Marx, en el sentido de las *lecturas* y *relecturas* que han estado practicando los althusserianos —tema que el propio Cleaver ventila desde la introducción. “Independientemente de cualquier otra consideración y, particularmente de su *función política*, las *lecturas* de Marx están al lado del problema, precisamente porque no son sino *lecturas*. Marx no ha escrito para ser objeto de lecturas y, para ser más preciso, hacer de Marx un objeto de *lectura* es caer en la inmensa trampa que Marx tendió a los demás y a sí mismo.”<sup>7</sup>

En este libro hay un proceso de autovalorización, no

<sup>7</sup> Cornelius Castoriadis. “Las funciones de Marx”, en *Nueva Política*, vol. III., núm. 7, julio de 1979, p. 25.

de lectura. Se valora *El capital* al darle uso: se le emplea como arma; se recoge su sentido profundo como instrumento de lucha.

El trabajo de Cleaver produce así sensación de novedad. No es la de descubrimiento que causó la publicación tardía de los manuscritos del 44, lo cual dio lugar a la paradoja de que el viejo Marx resultase tener influencia decisiva sobre el joven Marx —porque a éste sólo pudimos verlo después de haber adquirido las pupilas de aquél. Es la sensación de la imagen “verdadera” (en tanto praxis), que contrasta con “la del Marx corriente, manoseada, cual ciertos Cristos, por manos devotas e ignorantes, o abofeteada por otras, irreverentes y no menos ignorantes”.<sup>8</sup>

Concentrado en el capítulo I del Libro I de *El capital*, Cleaver nos recuerda que el capital es, en su esencia, una relación; que el capitalismo es, en su esencia, el sistema social en que se producen y reproducen las relaciones sociales de producción capitalistas, a través de la imposición de trabajo. Nada más, pero nada menos.

Una consecuencia: la existencia de la fábrica social. Por ende: la existencia de relaciones sociales de producción capitalistas *fuera* de la fábrica (privada), en la fábrica social. Por ende: la existencia de sectores de la clase trabajadora *fuera* de la fábrica (privada), en la fábrica social, lo que comprende a trabajadores no asalariados al servicio del capital.

Otra consecuencia: la autonomía objetiva de la clase trabajadora, su existencia autónoma frente al capital. Por ende: su capacidad y potencialidad de organización autónoma, por una parte, y de autovalorización,

por la otra; la necesidad de que asuma y realice esta autonomía como su propio proyecto subjetivo. Por ende: la importancia del proyecto histórico y de sus contenidos socioculturales y políticos.

Tales “ideas fuerza”, desarrolladas en este libro, tienen inmediata aplicación en América Latina. Contribuyen a dar cuenta, con un marco conceptual integrativo, de las luchas que han estado librando en todas partes del continente las mayorías de trabajadores, luchas que en buena medida negó o marginó el pensamiento revolucionario.

Los populismos reivindicatorios de los años 50 y los modificados de las dos décadas siguientes no son producto artificial ni ideología importada, sino que se han correspondido con la realidad material. Suponen auténticos movimientos de masas, cuando no profundas necesidades de esas masas. Con su acción, “se desplazaban hacia el único espacio aparentemente político que había dejado el sistema dominante y por el cual expresaban, sin el esclarecimiento (que eso es la política) sus reivindicaciones sociales y nacionalistas”.<sup>9</sup>

Por la ausencia de un programa orgánico de clase, el liderazgo político de esos movimientos sociales fue asumido por *élites* de formación burguesa, pequeña o grande, y sobre todo por elementos desclasados, aventureros, con inclinaciones bonapartistas. Estaban abiertas a las reivindicaciones populares, con límites variables en cuanto a las capacidades reales de transformación estructural. Su ideología nacionalista, industrializadora, desarrollista y antiimperialista era una fórmula de compromiso entre las estructuras dominantes, expuestas a un cambio que desgarraba sus

<sup>8</sup> Juan David García Bacca, *Humanismo teórico, práctico y positivo según Marx*, México, FCE, 1965, p. 10.

<sup>9</sup> Juan María Alponente, “El debate teórico sobre el populismo”, en *UnomásUno*, 22 de marzo de 1981



formas tradicionales de dominación, y las masas en movimiento, frecuentemente radicalizadas y portadoras de la misma contradicción.

Tal liderazgo no es en modo alguno expresión del pensamiento revolucionario ni del impulso profundo de transformación que los pueblos manifiestan en su dinámica. En general, no sólo resulta extraño a sus intereses históricos sino contrario a ellos. Su autoritarismo vertical y su paternalismo tienen severos efectos desmovilizadores. Se plantea, inevitablemente, como una conducción acrítica: capaz de dar cabida a las reivindicaciones populares y nacionalistas y hasta de llevarlas a la exaltación, tiene que serlo también de *impedir* que se profundicen realmente y lleguen a convertirse en programas de clase. Debe tomarse en cuenta, además, que las autolimitaciones de *élites* y bases populistas se presuponen, se influyen, se mantienen y refuerzan mutuamente, hasta agotar sus alcances reformistas. Ante la perspectiva siempre presente de un rebasamiento por los movimientos radicalizados, tal liderazgo es separado finalmente de la conducción política, para dar paso a una variedad de formas de configuración del Estado, en que predominan las autoritarias.

En este marco de circunstancias, no es asunto académico sino político preguntarse por qué el pensamiento revolucionario ha tendido a reproducir el discurso ideológico de la dominación. Cuenta, evidentemente, esa presencia clasemediera con sus inclinaciones dogmáticas. Pesa la impaciencia ante las limitaciones de las masas para darse ideología, conciencia, organización y estrategia, que se expresa en la necesidad de subordinación al partido, que lo introyecta todo desde arriba y desde afuera. Interviene el énfasis burocrático autoritario. Y en todo ello hay problemas teóricos de los cuerpos de doctrina

que el texto de Cleaver puede ayudar a resolver. En su lectura política de *El capital*, destaca que las categorías de Marx, en tanto instrumento de lucha, encierran siempre un doble punto de vista: el del capital y el de los trabajadores. Al no percibirlo así, al tomarlas como objetos teóricos “neutros”, muchos estudios marxistas de la dinámica social y política de América Latina tendieron a sesgarse a la perspectiva del capital: coincidían de hecho con ella y la reproducían, al tiempo que negaban y omitían la de los trabajadores, aunque se propusiesen expresamente lo contrario.

En la cuestión central de la identidad social de las mayorías latinoamericanas, por ejemplo, cuando empezaba a pasar de moda el discurso staliniano del desarrollo unilineal y por etapas y se hacía cada vez más difícil seguir sosteniendo las mixtificaciones sobre el precapitalismo, se intentó el rescate de la categoría del ejército industrial de reserva *desde el interior* del discurso ideológico de la marginalidad. Tanto los ortodoxos, que defendían su plena aplicación al caso latinoamericano, como los innovadores (a la Nun o a la Quijano) que pretendían darle especificidad a la categoría mediante el expediente de agregarle algunas etiquetas, se dedicaron a discutir sobre el papel del ejército de reserva *para el capital*, adoptando, a su paciencia ya que no a su ciencia, el punto de vista de éste y no el de los trabajadores.

Recordemos.

*“Esta guerra [industrial de los capitalistas] tiene la particularidad—dice Marx—de que en ella las batallas no se ganan tanto enrolando al ejército obrero como licenciando a sus efectivos. Los generales, los capitalistas, rivalizan entre sí a quién más soldados industriales despide”.*<sup>10</sup>

<sup>10</sup> Karl Marx, *Trabajo asalariado y capital*, en: *Obras fundamentales de Marx y Engels*, FCE, México, vol. XI, p. 28.

Estas frases de Marx nada dicen, probablemente, para la economía convencional, que persiste en la extravagante ilusión del pleno empleo —contra toda experiencia histórica. Con ellas o sin ellas, proseguirá su discurso apologético, atribuyendo a la explosión demográfica o a otros factores “autónomos” y más o menos fantasmales los problemas que no puede explicar. Pero son frases que deberían haber bastado para inhibir las contorsiones intelectuales de quienes se impresionaron por la desproporción entre el número de obreros industriales y la población total en los países periféricos y quisieron desechar, limitar o utilizar como evasiva teórica la categoría del ejército industrial de reserva.

Es preciso tener constantemente presente que la reserva inempleada de potencial productivo, humano y material, y por consiguiente la tendencia misma del sistema al subempleo “es la que le permite al capitalismo funcionar de acuerdo con su naturaleza, de algún modo al revés de cualquier otra sociedad humana: en vez de consumir en función creciente del potencial de producción y en función decreciente de la inversión, produce e invierte en función creciente del consumo improductivo”.<sup>11</sup>

Los capitalistas desechan los trabajadores que les sobran a medida que se incrementa su capital productivo. No los desechan con el propósito de que les sirvan como reserva, o sea, *para* que cumplan esa función. Simplemente se deshacen de ellos. Es claro que, una vez ahí, los aprovechan cuando los necesitan, como hacen con cuanto queda a su alcance. Y los aprovechan, muy específicamente, para ventilar su antago-

nismo fundamental con los trabajadores: al crear competencia entre ellos, dividirlos y exacerbar las contradicciones existentes en el seno de la clase obrera, pueden seguirle imponiendo sus condiciones.

Los capitalistas no tienen por qué ocuparse de la suerte de los obreros que no emplean directamente y con un salario. Cuando lo hacen, con el seguro del desempleo o las instituciones asistenciales por ejemplo, es siempre como concesión ante las constantes presiones de los obreros o cuando el número, las condiciones y la actividad de los no asalariados amenaza los cimientos mismos de la vida social y pone en peligro su reproducción sobre bases capitalistas. Interviene entonces el Estado, como garante de la reproducción del sistema, para introducir los correctivos indispensables. Y el Estado crece, para ello y para promover la autodinamización y el crecimiento acumulativo de los grupos e intereses que lo encarnan y manejan. Los gobiernos populistas y los que incorporan sus rasgos se relacionan con las clases populares y las manipulan en función de esa doble y contradictoria dinámica de reproducción del sistema y de quienes manejan el Estado. En suma: no es la función que cumple el ejército de reserva lo que explica su existencia sino al revés: su existencia explica su función —cuando la cumple.

No podemos saber por qué Marx la llamó *ejército industrial de reserva*. La primera vez que empleó el término lo acompañó de inmediato de la expresión *contingente disponible*, que describe mucho mejor el estado en que quedan colocados los obreros que el capital desecha, no tanto por su acepción militar, que parecería propia del contexto (“número de soldados que cada pueblo da para las quintas”), como por su sentido específico: el contingente es una parte proporcional del conjunto que puede o no usarse (lo contingente es

<sup>11</sup> Arghiri Emmanuel, *La ganancia y las crisis*, México, Siglo XXI, 1978, p. 280.

lo que puede o no suceder). Se trata, aclara Marx en esta ocasión, del “material humano dispuesto siempre para ser explotado a medida que los reclamen sus necesidades variables de explotación (las del capital) e independientemente, además, de los límites que pueda oponer el aumento real de población”.<sup>12</sup> La categoría se plantea para *cargar de contenido* “la existencia de una superpoblación obrera” que Marx acaba de plantear como “producto necesario de la acumulación o del incremento de la riqueza dentro del régimen capitalista”. No se trata de dos categorías, como quiere Nun, sino de una sola: *el ejército de reserva es la forma de existencia de la superpoblación obrera*. La superpoblación “se convierte en palanca de acumulación de capital y, más aún, en una de las condiciones de vida del régimen capitalista de producción” precisamente porque no es simple superpoblación —un peso muerto, un lastre y hasta una amenaza, sino ejército de reserva, o sea, el mecanismo que permite al capital funcionar sin estar encerrado en los límites “que pueda oponer el aumento real de población”. El capital no se ahogó en la primera crisis, no llegó a su límite absoluto al acercarse al pleno empleo a pesar del desequilibrio fundamental entre la producción y los réditos, porque existían las reservas de potencial productivo, creadas por el propio proceso de acumulación, que permiten reiniciar indefinidamente el ciclo.<sup>13</sup>

Podemos suponer, en todo caso, que Marx empleó el vocablo por extensión, después de estarse refiriendo al ejército de obreros en activo. El uso del término *ejército* tiene una significación múltiple: a) en la guerra

<sup>12</sup> K. Marx, *El capital*, México, FCE, 1956, t. 1, p. 535.

<sup>13</sup> Véase para el desarrollo completo de este argumento, A. Emmanuel, *op. cit.*, en particular el último capítulo.

entre capitalistas que se deriva de la competencia, cada uno de ellos cuenta con cuerpos de ejército, sus obreros, que le permiten dar la batalla; b) dado el antagonismo fundamental que define el régimen capitalista, las expresiones militares resultan pertinentes; c) el ejército, como cuerpo jerárquico y disciplinado, en que los soldados carecen de voluntad propia e iniciativa, expuestos como están a la orden y subordinados a la autoridad, guarda analogía con la organización del trabajo en la empresa capitalista, cuando el obrero queda sujeto a la jerarquía y la disciplina que impone el capitalista; etcétera, etcétera.

La maquinaria, dice Marx, “va desalojando a los obreros en pequeños pelotones”. Los capitalistas van ganando sus batallas licenciando sus ejércitos. Parece lógico que los *contingentes* desechados, que quedan expuestos a la posibilidad de ser enrolados de nuevo y que deben existir en esa condición para que el capitalismo pueda seguir funcionando, sean denominados ejército de reserva, que lo es industrial porque es la industria quien lo desecha y puede enrolarlo de nuevo. Pero además, y esto es aquí lo importante, Marx considera que esta contradicción fundamental es ley absoluta de la acumulación capitalista, o sea, una tendencia que se impondrá necesariamente, ampliando en forma ilimitada el ejército de reserva y deprimiendo constantemente los salarios. Marx considera, pues, que si bien el rápido incremento del capital es la condición más favorable para el trabajo asalariado, el concomitante incremento en la competencia entre obreros, que disminuirá en términos relativos los medios de empleo y de vida de la clase obrera, *será la clave de su lucha de liberación*. La contradicción que puede enfrentar a los obreros entre sí,

oponiendo unos a otros en la lucha por el empleo y así deprimiendo sus salarios, será también la que los unifique para constituirse en ejército de emancipación. Como es sabido, Marx atribuye el papel decisivo a los obreros industriales, que constituirán la vanguardia, no a los desempleados, y es bien conocido también el desprecio y la desconfianza que le inspiran los lumpen. En él se combinan, acaso, realismo analítico y reflejos de clase; quizás se dejó llevar por la necesidad de combatir el romanticismo “miserabilista”. Pero no hay que olvidar que, en este plano del análisis de Marx, los empleados y los desempleados son unos y los mismos: los obreros en activo son desempleados en potencia y los desempleados obreros en potencia; todo el planteamiento se desarrolla bajo supuestos de completa movilidad —del capital y del trabajo— que implican constante circulación de la fuerza de trabajo de una rama a otra, de un empleo al otro, de la ocupación a la desocupación. Por tanto, está aludiendo a contradicciones de la *clase* obrera con el capital y no a las que se presentan entre los obreros: se refiere, muy concretamente, a la superación de las contradicciones entre los obreros, para que pueda elevarse sobre ellas la contradicción con el capital.

Sea de ello lo que fuere, dejemos para la marxología la interpretación sobre lo que Marx dijo o quiso decir. Aquí se propone la *reivindicación* cabal de su enfoque analítico como explicación de la existencia de los trabajadores directos de la fábrica social (tradifas)<sup>14</sup> al

<sup>14</sup> Tal categoría se aplica a los *trabajadores*, asalariados o no, que se encuentran al servicio del capital que poseen, *además*, una organización productiva autónoma en la que se autovalorizan y que, trabajen o no para una personificación del capital, lo hacen para la fábrica social capitalista. En la investigación del Fondo de Cultura Campesina sobre “El trabajo directo para la fábrica social” (México 1981, mimeo) se expone y fundamenta esta categoría.

mismo tiempo que su *transformación*: se plantea que los tradifas son todo lo que implica para el capital la categoría del ejército industrial de reserva (como producto necesario de la acumulación de capital y palanca para ésta) y, *además ejército de reserva de los trabajadores*, o sea, que no sólo lo son para el capital sino también para la clase que se le opone. Y son precisamente *de reserva*.

En jerga militar, la reserva es la parte del ejército que no está en servicio activo; ésta sería la carga del término en la categoría, en la perspectiva del capital. Pero la reserva es también “el cuerpo de ejército que se tiene en prevención para auxiliar o reforzar a los que combaten”. En acepción común es “provisión de alguna cosa para que sirva a su tiempo”. *Y este es el tiempo de los tradifas*. Su entrada en liza, que ha tenido de vigor y entereza lo que le ha faltado de gallardía, llega en buen momento cuando los cuerpos “principales” parecen cansados, debilitados; los héroes en servicio activo están fatigados. Y no tanto por la lucha misma, que ha sido larga, tensa y dura, como por sus propias conquistas, que los han *comprometido* vitalmente con sus enemigos de clase. Por haber obtenido garantías sólidas de reproducción a un nivel histórico abrumadoramente superior al de las mayorías que los rodean, no siempre pueden asumir como propia una contradicción que en apariencia no los afecta. Si a esto se agrega que las propias condiciones de funcionamiento de la sociedad capitalista han tendido a llevarlos a adoptar como propia, en cambio, la ideología de las estructuras de dominación, y a percibir como peligro y amenaza externos a ellos los que plantean esas mayorías en expansión, podrá verse la medida en que esos cuerpos “principales” tienden a dejar de serlo: están en activo para el capital, lo están en cierta medida para sí mismos, pero no siempre lo están para la clase trabajadora, para las

mayorías que han tomado parte decisiva en esa lucha. (En Europa y Estados Unidos ha reaparecido bajo nuevas formas y grados el viejo racismo de los obreros respecto a los trabajadores del Tercer Mundo.)

Esta aplicación analítica del uso político de las categorías marxistas, aquí apenas esbozadas, no tiene más objeto que ilustrar el significado del tratamiento que les da Harry Cleaver en este libro. Nos ofrece "un enfoque enraizado en la dinámica misma de la lucha de clases". Tal es el sentido "de una lectura política de *El capital*. . . y de una lectura política de la situación misma de clase".

No basta reconocer la existencia de dos lados en las relaciones de producción capitalistas: es preciso concentrar el esfuerzo en la perspectiva de nuestro lado, el de los trabajadores.

No basta negar las estructuras y las ideologías de la dominación: lleva a reproducirlas mecánicamente, como ha ocurrido con harta frecuencia en el pensamiento y la acción de los marxistas. Hace falta *negar la negación*, "abandonar las definiciones *a priori* en favor del desarrollo de nuestras luchas", para mantenernos de pie y en movimiento con los trabajadores de todas partes. A quienes pertenece, en propiedad, este pensamiento marxista.

GUSTAVO ESTEVA

## PREFACIO A LA EDICIÓN MEXICANA

ME HA encantado saber que *Reading Capital Politically* ha sido traducido al español y que se va a publicar en México. México y América Latina se han convertido en un foco de la crisis capitalista y la lucha de clases en este decenio. Lo que ocurra al sur de los Estados Unidos es muy importante para el pueblo norteamericano. Estamos estrechamente ligados a América Latina no sólo por una red capitalista de empresas multinacionales, comercio e instituciones financieras internacionales y una creciente intervención militar norteamericana, sino también por el movimiento internacional de la migración de la clase trabajadora. Al publicar este libro en América Latina, los editores están facilitando una circulación internacional de las ideas que se requiere con premura para mejorar nuestro entendimiento del carácter de la crisis, de los conflictos sociales que la crearon y de los nuevos antagonismos que está generando.

La mayor parte de este libro fue escrita en 1975 y revisada en 1977 y 1978. Aunque sigo satisfecho con la obra en conjunto, quiero aprovechar esta oportunidad para reformular algunas de las ideas principales a la luz de la investigación posterior. Además, en virtud de que este libro fue escrito primordialmente para el público norteamericano, me gustaría indicar con brevedad por qué lo escrito aquí puede resultar interesante para los intelectuales y trabajadores marxistas del Tercer Mundo y en qué sentido las exposiciones teóricas continúan teniendo validez fuera de los Estados Unidos.

En primer lugar formularé algunos comentarios sobre el marco general. Mi interés por *El capital* es estratégico, no escolástico. Para mí, *El capital* sigue siendo importante porque Marx lo escribió para que se leyera en términos políticos, como un arma que los trabajadores podrían esgrimir en la lucha de clases. Tal perspectiva se necesita ahora con apremio, en medio de la crisis, cuando están cambiando con tanta rapidez las líneas de batalla entre las clases. La mayor parte de lo que se considera teoría marxista pasa por alto la lucha de la clase trabajadora, o la trata simplemente como un tema entre otros. Para muchos marxistas sólo hay un tema histórico: el capital. El poder de las empresas, no el de los trabajadores, es lo que les interesa. Por incapacidad para reconocer la subjetividad revolucionaria de la clase trabajadora, en muchos esfuerzos teóricos marxistas se adoptan unilateralmente la perspectiva y el lenguaje del capital. Un aspecto esencial de la metodología seguida en este libro es la concentración en el carácter *bilateral* de todos los conceptos y relaciones existentes dentro del capitalismo: dos lados que corresponden a las dos posiciones clasistas antagónicas. Existe ahora una urgencia vital para llevar a cabo esta clase de análisis: entender la realidad del capital y reinterpretar en función de la lucha de clases el análisis que de esa realidad hizo Marx.

Este problema se pone de manifiesto en la discusión del *valor*. En la historia del marxismo raras veces se ha examinado con detenimiento el concepto del valor. Los marxistas hablan de "valor" y de "plusvalía" como si todos supieran lo que son, como elementos dados del discurso. Hablan también de la "ley del valor" como un principio determinante del capitalismo (y

del socialismo, en opinión de algunos), pero sólo contadas veces se define este concepto. Ninguno de estos conceptos se enfoca jamás desde el punto de vista de la clase trabajadora.

Cuando se define el valor, se hace de ordinario en términos de la economía clásica, dentro del marco de referencia de Adam Smith o de David Ricardo. El sustantivo *valor* se entiende como una alusión a la calidad que tiene una mercancía a causa del trabajo que incorpora. Se entiende que la teoría del valor-trabajo establece que una mercancía tiene valor si, y sólo si, es el producto del trabajo. Es el trabajo lo que da a una mercancía su valor.

Esta teoría se yuxtapone a menudo a la "teoría subjetiva del valor" de la microeconomía neoclásica contemporánea, según la cual el valor de una cosa se encuentra en los ojos de su poseedor. Los marxistas rechazan esta concepción "subjetiva" y prefieren la "objetividad" de la teoría del valor-trabajo, teoría objetiva porque el trabajo incorporado es independiente de las perspectivas individuales. Es tan sólo la cantidad de trabajo media socialmente necesaria para la producción de esa cosa.

Para desgracia de los marxistas, los teóricos burgueses inteligentes no dejan las cosas en ese punto. Por el contrario, tenderán a objetar que si bien es cierto que puede estar dada la cantidad de trabajo necesaria para producir una mercancía dada, ¿qué sentido tiene decir que una mercancía *posee* valor, o hablar del valor contenido *en* una mercancía, o decir que los trabajadores *producen* valor? Si el valor de una cosa no es su valor para alguien, ¿no es éste un valor metafísico? ¿No es redundante la aseveración de que los trabajadores producen valor cuando es precisamente su trabajo lo que constituye el valor? Esto oscurece de nuevo el

significado del valor y lo hace aparecer como una calidad mística impartida a un objeto por los dedos de un trabajador. Me parece que estas objeciones son enteramente legítimas y apropiadas, en vista del uso que dan a menudo los marxistas al concepto del valor de Marx.

En este libro he tratado de aclarar estas cuestiones enfocando la teoría del valor-trabajo como una teoría de las relaciones sociales entre los trabajadores y el capital. Según entiendo *El capital*, el *valor* es un término heredado de la economía política clásica que Marx utiliza para designar la esencia de la relación de clase existente en el capitalismo: el trabajo. En suma, en este sistema social el valor designa el *trabajo*.

A lo largo del libro trato también el valor como trabajo "impuesto". ¿Por qué? Sabemos, por el estudio de la acumulación primitiva que Marx inició en los *Grundrisse* y en *El capital*, que el capital *impone* el trabajo a la gente al asumir la dirección de la sociedad. Sabemos que el capital reorganiza la sociedad al apropiarse la tierra y las herramientas de la gente y al *obligar* a ésta a trabajar para él. El trabajo no es sólo una actividad entre otras en la sociedad capitalista: es la actividad central a cuyo derredor organiza la vida el capital, y es una actividad impuesta. En *El capital* explica Marx con detalles sangrientos que "la teoría del valor" es fundamental para el análisis de la sociedad capitalista porque el trabajo forzado es, y siempre ha sido, el corazón del dominio capitalista. Por esto no podemos comprender a Marx sin la teoría del valor, como sugieren a veces los neorricardianos modernos. Todo el análisis que hace Marx del capitalismo coloca el valor, o trabajo impuesto, en el centro de la atención.

La teoría del valor de Marx es objetiva en el sentido de que la producción requiere cierta cantidad dada de trabajo que es el resultado de las dos subjetividades

opuestas de la clase capitalista y de la clase trabajadora. Pero podemos percibir que en cierto modo la teoría del valor-trabajo es también subjetiva. Para el capital, el trabajo tiene valor en el sentido de que resulta esencial para sus esfuerzos por organizar la sociedad. Una mercancía que demanda una gran cantidad de trabajo es más "valiosa" para el capital que una que demande poco, porque la producción de la primera ofrece un campo de acción mayor que la producción de la segunda para poner a trabajar a la gente.

Por supuesto, la situación es exactamente la opuesta desde el punto de vista de los trabajadores. Éstos, al revés de lo que ocurre con el capital, no definen sus vidas sólo por el trabajo. Suelen preferir, *ceteris paribus*, las tecnologías que exijan el menor trabajo para producir una mercancía dada. El problema afrontado por los trabajadores a resultas de la tecnología intensiva en capital no radica en la reducción del trabajo requerido sino en la pérdida de empleos, que constituyen la forma primordial de obtención de ingresos dentro del capitalismo. Incluso podemos decir que en la época de la producción en serie posterior a la artesanía, una mercancía tiene mayor valor para los trabajadores entre *menos* trabajo requiere, porque la reducción de éste permite a aquéllos emplear su tiempo en otras actividades.

Para entender el valor tal como lo he delineado se precisa una redefinición del capitalismo y de la clase trabajadora. En lugar de describir el capitalismo en función de la propiedad de los medios de producción, podemos decir que es un sistema social basado en la imposición del trabajo. También podemos definirlo en términos del control sobre los medios de producción, pero sólo si reconocemos que el significado más importante del "control" en este contexto es el de la

capacidad para obligar a la gente a trabajar. De igual modo, en lugar de adoptar la concepción usual de la clase trabajadora como el conjunto de trabajadores asalariados, podemos definirla como la clase de personas a quienes el capital puede imponerle el trabajo. No se incluye aquí sólo al proletariado industrial que produce mercancías, sino también a las mujeres y a los estudiantes que hacen el trabajo doméstico y el trabajo escolar de reproducción de la fuerza de trabajo, a los desempleados del ejército de reserva cuyo trabajo es poner a funcionar el mercado de trabajo, y (como veremos) a los campesinos.

De acuerdo con la concepción anterior del valor y el capital como relaciones sociales de trabajo impuesto, podemos centrar ahora nuestra atención en lo que debe ser el tema principal: *el contenido de la lucha de la clase trabajadora*. Mientras que el capital trata de hacer de la clase trabajadora una clase en sí obligando a la gente a trabajar para él, aquélla se define como una clase para sí luchando *contra* esa imposición del trabajo, contra la reducción de la gente a meros trabajadores. Además, y de mayor importancia todavía: hay un contenido *positivo* en la lucha de la clase trabajadora cuando la gente pugna *por* su propio desarrollo separado del capital y en contra de él. Veamos con brevedad estos dos aspectos de la subjetividad de la clase trabajadora.

En el capital, el trabajo excedente domina y subordina al trabajo necesario, es decir, el hecho de que pueda realizarse algún trabajo útil depende de su capacidad para proveer trabajo excedente (valor excedente) al capital. La lucha de la clase trabajadora contra el trabajo equivale a afirmar el imperativo de que el trabajo necesario domine al trabajo excedente, de que no haya más trabajo excedente que el requerido por el

desarrollo del trabajo necesario. Para el capital, el trabajo es un fin en sí: la única forma que conoce para organizar la sociedad. Para el común de la gente, el trabajo es primordialmente un medio para la adquisición de los valores de uso que precisa. Para el capital, el aumento de la productividad —el centro de su estrategia del valor excedente relativo— es un medio para arrebatar más trabajo. Para los trabajadores, que luchan por terminar con la subordinación de sus vidas al capital, el aumento de la productividad es el medio para la abolición del trabajo: la reducción continua de la esfera del trabajo necesario hacia el trabajo nulo, al mismo tiempo que se expande constantemente la riqueza disponible.

Estas observaciones nos conducen de modo inevitable al siguiente paso del análisis: la exploración del contenido positivo de la lucha de la clase trabajadora. El análisis de esta lucha por parte de los marxistas ha descartado a menudo, por “economicistas”, las demandas concretas de los trabajadores. Estos marxistas se han privado así de la exploración de estas demandas y de las necesidades en que se basan. Pero sólo en este punto, una vez que vislumbramos las distorsiones de los esfuerzos del capital por hacerse del control cultural, podemos empezar a identificar la forma en que las luchas de los trabajadores prefiguran y crean los elementos de una nueva clase de sociedad. Se revela aquí que la demanda de “control” de los medios de producción por parte de la clase trabajadora se refiere a su empleo para reducir el trabajo necesario y para satisfacer diversas exigencias humanas que se están redefiniendo constantemente.

La concentración que se hace en este libro en el carácter bilateral de todos los conceptos y todas las relaciones existentes dentro del capitalismo constituye



un primer paso para la identificación y el análisis de la lucha de la clase trabajadora. Si en este análisis enfocamos en forma exclusiva y consistente el lado de esa clase, daremos un segundo paso en el estudio del contenido de su subjetividad revolucionaria. El tercer paso es la separación del contenido positivo de esa subjetividad.

Veamos, por ejemplo, la discusión del *valor de uso* desde el lado de la clase trabajadora, por oposición al del capital. Éste trata de controlar los alimentos para obligar a aquélla a trabajar para él. Los trabajadores buscan alimentos para fortalecer su lucha pero también para su disfrute. El capitalismo emplea la energía para la dominación: los trabajadores la emplean para liberarse del papel de trabajadores y para ampliar su creatividad. El valor de uso de la tierra para el capital ha sido siempre la provisión de un lugar para poner a trabajar a la gente, y el de un recurso del que puede privarse a otros para que puedan ponerse a trabajar en otra parte. El valor de uso de la tierra para los trabajadores es el de un recurso que puede ayudarlos a independizarse del capital, un recurso donde pueden reducir su trabajo al trabajo necesario, y a medida que aumenta la productividad, reducir el trabajo necesario más aún. La tierra los provee también de espacio para la libre realización de sus propios proyectos. Alimentos *para* el disfrute. Energía para liberar el tiempo y la creatividad. Tierra *para* liberar el tiempo y proveer espacio para la propia actividad. Disfrute, tiempo libre, espacio libre y creatividad, todo esto como base de nuevas luchas y el inicio del desarrollo autodirigido.

En el análisis del *trabajo abstracto* sostengo que este concepto expresa la indiferencia fundamental del capital hacia las cualidades peculiares del trabajo útil. Es el resultado buscado por el capital en su intento por

homogeneizar a todas las personas y toda la vida humana en una esencia no diferenciada, maleable: el trabajo. Contra esto, la clase trabajadora aporta su propia homogeneidad a la lucha, la que se basa realmente en una multilateralidad, la del valor de uso y las maneras de ser. El capital trata de amasar a la gente en una clase "trabajadora". Las luchas de esa gente afirman su irreductibilidad a una sola dimensión, su negativa a permitir que sus vidas se definan por el trabajo. Frente a la unicidad del capital, los trabajadores plantean su propio yo múltiple y diferenciado, sus deseos y sus metas particulares. Frente a la composición del capital, los trabajadores se recomponen en sus propios términos. A medida que la multilateralidad de los grupos sociales hace explotar la unidad del capital, también hace explotar su propia existencia como clase trabajadora. Diferencia y multilateralidad son elementos decisivos de la autodirección. De aquí deriva la autonomía, no sólo de la clase frente al capital y para ella misma, sino de los sectores de la clase entre sí.

El análisis bilateral y el examen de la perspectiva de los trabajadores se vuelven más complicados que nunca en la categoría de la *magnitud del valor: el tiempo de trabajo*. Dentro del tiempo de trabajo la división parece simple: en el total, el tiempo de trabajo necesario crea valores de uso para los trabajadores; el tiempo de trabajo excedente crea beneficio como un medio de dominación para las empresas. Pero el análisis clasista del valor de uso nos ha enseñado que gran parte del trabajo "necesario" crea mercancías de escaso o ningún valor de uso efectivo para los trabajadores. También parece simple la división entre el tiempo de trabajo y el tiempo libre: el primero es tiempo para el capital (excepto por la parte del tiempo de trabajo necesario); el segundo es tiempo para el autodesarrollo de los

trabajadores. Pero también aquí sabemos que el capital estructura una parte del tiempo libre para inhibir su uso creativo por parte de los trabajadores. En suma, el autodesarrollo sólo ocurre en la porción del tiempo de trabajo y del tiempo libre que puede analizarse claramente como un tiempo arrebatado a la dominación capitalista y usado para el autodesarrollo.

En el análisis de las *formas del valor* podemos ver que el dinero y el salario monetario, que constituyen la forma más clara y apropiada del valor, se convierten por parte de la clase trabajadora en palancas de poder contra el capital. Sabemos que el dinero es el equivalente universal. En el mercado de trabajo vemos que el capital trata de usar el salario para señalar como “trabajador” a cada persona que lo reciba. Casi podemos imaginar una humeante “T” marcada en las manos extendidas. Si el capital logra sus propósitos, estos “trabajadores” asalariados llegan a existir para aquél sólo como factores productivos. El salario monetario es, para el capital, una primera manifestación formal de su redefinición de las personas como fuerza de trabajo, de su designio de degradar la humanidad multilateral de ellas a una sola calidad: el trabajo. Dentro y fuera del trabajo, la clase “trabajadora” ahora constituida existe sólo para el capital. En el trabajo, la clase produce mercancías; fuera de él, el resto de su vida está ligado a la reproducción ampliada de la fuerza de trabajo: se organiza alrededor del trabajo de recrear la capacidad y la disposición para regresar a trabajar. Si todo marcha bien para el capital, esto es lo que ocurre.

Pero las cosas no marchan siempre bien, por supuesto. Una vez y otra las empresas fracasan en su intento de imponer su organización de la vida a la gente, no pueden restringirla a su definición de clase trabajadora, no pueden controlar, o dirigir, o anticipar el autode-

sarrollo polifacético, autónomo, de la clase. Le enseñan a la gente el salario monetario como un espejo donde aparece vestida y lista para trabajar; pero ella toma el dinero y luego recurre al absentismo, a las huelgas y al sabotaje para demostrar que es un factor de la producción, que no es tan sólo herramienta viviente definida por el trabajo. La gente usa el mercado de trabajo para obtener dinero y luego emplea éste como medios para convertir en juego el tiempo de trabajo, o para escapar de él a fin de realizar sus propios planes, en forma individual y colectiva. La gente toma el dinero y lo usa como ingresos (destruyendo su papel como capital) para adquirir los valores de uso que necesita para su propio desarrollo. Al apoderarse del tiempo y convertir el dinero —la expresión por excelencia del valor— en un arma contra el capital, los trabajadores se forjan una zona creciente de autonomía para su desarrollo autodirigido.

Contra la dialéctica del trabajo que todo lo resuelve para el capital, la clase trabajadora desarrolla su propia autodeterminación. Los marxistas casi no exploran este camino de la autodeterminación, y sin embargo sólo a lo largo de este camino podrá encontrarse algún futuro más allá del capital. En su brillante y reciente lectura política de los *Grundrisse, Marx Beyond Marx*, el marxista italiano Antonio Negri ha explorado esta ruta de la autodeterminación de la clase trabajadora, tal como surge del análisis de la lucha de clases de Marx. Frente a la valorización del capital existe lo que Negri llama la *autovalorización* de la clase trabajadora. Autodirección y autovalorización son términos que evocan no sólo la autonomía de la lucha de la clase trabajadora contra el capital sino también la noción de una dirección separada, de un proceso independiente que destruye y escapa a las determinaciones del capi-

tal. La separación y la independencia son las cualidades centrales de la subjetividad de la clase trabajadora, a medida que se libera del capital y surge como una subjetividad *humana* multilateral.

La formación de este poder de autovalorización, separada y antagónica del capital, ocurre en todos los momentos y espacios de la vida que la clase trabajadora puede extraer de la dominación capitalista. Sin embargo, ¿cómo vamos a *identificar* estos momentos y espacios en un mundo donde —como ha analizado tan profundamente la Teoría Crítica— el capital ha tratado de moldear toda la vida dentro y fuera de la fábrica? Mientras que el marxismo ortodoxo ha localizado con rapidez el despotismo capitalista en la fábrica, y la Teoría Crítica ha detallado con minuciosidad la dominación cultural capitalista y la integración de la lucha de la clase trabajadora, *nosotros* debemos aprender a reconocer y explorar la esfera de la lucha de la clase trabajadora que *no* está dominada ni integrada. Debemos aprender a identificar la esfera de la autovalorización como el único camino posible para lograr la destrucción del capital y crear nuestro propio mundo nuevo.

El análisis de la dominación cultural nos enseña que no podemos recurrir a los criterios psicológicos del “disfrute” como una clave de la autovalorización. La psicología de la dominación y la liberación es demasiado compleja para admitir fórmulas tan simples como ésta: el capitalismo es tan enajenante que cualquier cosa que disfrutes debe ser liberadora. Sabemos que la dominación reside en parte en el hecho de que se inculca una aceptación, así sea superficial, que a menudo incluye el “disfrute” del trabajo asalariado, del trabajo doméstico, del trabajo escolar, etcétera. No, para entender los momentos y los espacios de la auto-

valorización debemos *conservar la lucha de clases* como nuestro único criterio. ¿Qué significa esto?

Cuando los trabajadores le ganan tiempo al trabajo asalariado (por ejemplo, semanas laborales más cortas, vacaciones) o cuando ganan espacio para sus actividades (verbigracia, un centro juvenil, tierra), debemos analizar lo que hacen con ese tiempo y ese espacio. Si las actividades se convierten en mecanismos de pacificación y dominación que logran ayudar al capital a confinar la lucha de clases dentro de la competencia de su propio desarrollo dialéctico, tendremos que aceptar que *no* estamos en el terreno de la autovalorización. *En cambio, si tales actividades dan fuerza y se convierten en trampolín para nuevas luchas que perturben el desarrollo capitalista, nos encontramos en efecto dentro del espacio de la autovalorización.* Aquí, la clase trabajadora profundiza su antagonismo con el capital mediante el desarrollo autónomo de sus propios proyectos múltiples. Los ejemplos de tales momentos son tan diversos como la experiencia de la clase trabajadora. Veamos algunos.

Los teóricos de la hegemonía capitalista se han cuidado de señalar que el capital puede organizar la lucha de la clase trabajadora si está en posibilidad de conducirla de tal manera que se promueva el desarrollo capitalista. Después de la segunda Guerra Mundial es probable que el caso más importante sea el de las luchas por los aumentos salariales y las reducciones del tiempo de trabajo. En la medida en que el capital eslabone tales aumentos y reducciones con los incrementos de la productividad, impulsará el desarrollo tecnológico capitalista y no habrá ninguna amenaza para él. Pero lo que no han podido reconocer o abordar esos teóricos es la *ruptura* de estos eslabones en los años sesenta y setenta cuando la lucha por el aumento

del ingreso y la lucha contra el trabajo se combinaron para minar la acumulación capitalista. El brote de la insurgencia industrial y la revuelta comunitaria (derechos civiles, insurrección urbana, luchas de estudiantes y de mujeres) hicieron horadaciones en la tersa superficie de la acumulación y crearon espacios y momentos nuevos para luchas ulteriores. El surgimiento de esas oleadas incontenibles de lucha que se alimentan de sí mismas, creando toda una esfera de “contracultura” y autovalorización, ha puesto en crisis al sistema capitalista. La crisis continúa porque el capital no ha podido recuperar el control, no ha podido descubrir estrategias adecuadas para reducir la autovalorización a su propia valorización. Debemos proponernos movilizarnos con tanta rapidez, difundir nuestras luchas tan ampliamente, fortalecer nuestro poder de modo tan completo que podamos destruir o aislar toda nueva iniciativa capitalista. La lucha de la clase trabajadora contra el trabajo impuesto ha generado una crisis para el capital. Esa crisis para el capital es al mismo tiempo una oportunidad para nosotros. Sólo explorando y construyendo sobre el contenido positivo de nuestras luchas podremos aprovechar al máximo esa oportunidad.

## II

El análisis anterior se desarrolla en gran medida en lo abstracto, de modo que resulta aplicable a todas las zonas del capitalismo; sin embargo, me gustaría examinar algunos de los sentidos específicos en que esta perspectiva es pertinente para el Tercer Mundo. Este libro es una obra primordialmente teórica, pero su elaboración surgió de un proyecto de investigación sobre el orto y el ocaso de la Revolución Verde. Duran-

te los años cincuenta y sesenta algunas fundaciones y agencias de ayuda extranjera norteamericanas estaban promoviendo el empleo de variedades de granos de alto rendimiento en México y Asia. La investigación de los orígenes de esa política me llevó a redescubrir la participación de tales fundaciones en China en los años veinte y treinta, y luego me llevó a explorar los esfuerzos que emprendió el Capital Norteño con el propósito de reestructurar el sur de los Estados Unidos a principios del siglo.

Al elaborar un marco teórico para el análisis de esa experiencia histórica, empecé por subrayar la distinción entre los modos de producción y la transformación de los modos precapitalistas por parte de un capitalismo norteamericano en activa expansión. Sin embargo, al investigar los orígenes de la Revolución Verde empecé a ver una pauta de interacción de las clases que no encajaba en mi análisis del modo de producción del capitalismo imperialista. Las que al principio parecieron “ofensivas” capitalistas unilaterales eran a menudo reacciones *defensivas* ante luchas campesinas autónomas que habían tomado la iniciativa en la confrontación de las clases.

Empecé a advertir que la Revolución Verde era sólo la última de una larga lista de intervenciones que utilizaban la tecnología como arma para contener y pacificar la insurgencia rural. Los diversos esfuerzos tendientes a transformar el sur rural de los Estados Unidos habían sido en gran parte una reacción empresarial a la revuelta de los esclavos negros, y luego de los agricultores y aparceros (negros y blancos) en los disturbios populistas de fines del siglo pasado. De igual modo, los experimentos realizados por la Fundación Rockefeller en China no sólo habían aprovechado su experiencia en los Estados Unidos sino que habían evolucionado

en respuesta a la rápida difusión de la revolución campesina china.

Aun en México, los primeros afanes de la Fundación Rockefeller en los campos de la creación de plantas y de la salud pública podrían verse como una reacción "progresista" al creciente nacionalismo —atizado por las demandas populares frente a la élite— que alcanzó su clímax con la reforma agraria y la expropiación de la industria petrolera realizadas por Cárdenas a fines de los años treinta. Después de la segunda Guerra Mundial el imperialismo norteamericano en Asia y América Latina era de nuevo algo más que un expansionismo simplón y agresivo. Había una necesidad apremiante de contener y aplastar la generalizada insurgencia rural.

Tras este reconocimiento del aspecto defensivo del intervencionismo norteamericano, resultaba muy fácil advertir que las tecnologías de la Revolución Verde inventadas alrededor de las variedades de granos de altos rendimientos constituían una estrategia de reacción para contener y controlar las luchas campesinas. Aquí surgió la lucha de clases (las relaciones de producción) como el impulso central de las fuerzas de producción. Esto no encajaba en ninguna de las variantes del materialismo histórico.

Desde el punto de vista del entendimiento del valor y de las relaciones de clase mencionados en la sección anterior, podemos reinterpretar el significado de la "transformación capitalista de los modos de producción precapitalistas" a través de las tecnologías de la Revolución Verde. En primer lugar, el sector de los campesinos ricos en el que se introdujo la Revolución Verde se caracterizaba ya, en general, por el predominio de la forma salarial de la explotación. Donde no ocurría así, las transformaciones de la condición de los

trabajadores implicaban movimientos entre los trabajadores *no asalariados* y los asalariados, no entre los *precapitalistas* y los capitalistas. La propia tecnología de la Revolución Verde implicaba por lo común una superior composición orgánica del capital, lo que ejercía su habitual efecto directo negativo sobre el empleo asalariado. Al aumentar la productividad, la Revolución Verde incrementaba la plusvalía relativa (la cantidad relativa de trabajo excedente extraída de quienes todavía estaban empleados en la producción), pero también acentuaba extensamente el problema de la imposición del trabajo. La incapacidad de la Revolución Verde para alcanzar su meta política de estabilización rural se debió en parte a esta clase de contradicciones y en parte a la autonomía agresiva de un campesinado que se negaba a aceptar con pasividad tales cambios.

En esta reinterpretación resulta fundamental la inclinación a tratar al campesinado como una parte de la clase trabajadora y a analizar la dinámica de la relación entre el campesinado y el capitalismo en términos clasistas. Aquí quiero ser explícito acerca del rechazo de la concepción del campesinado como perteneciente a algún modo de producción precapitalista. Ya lo han señalado autores como Andre Gunder Frank e Immanuel Wallerstein: los campesinos han sido incorporados al sistema capitalista mundial y explotados por él desde la época colonial; pero esto no basta, como han subrayado con vehemencia muchos observadores: no contesta el alegato de que los campesinos no forman parte de la clase trabajadora porque no reciben un salario. Es claro que se requiere un marco teórico que nos permita abordar al mismo tiempo su inserción dentro del capital y la especificidad de su situación.

Yo sostengo que el análisis del capitalismo como una sociedad basada en la imposición del trabajo, del valor como trabajo impuesto, nos dota del marco necesario. Este análisis reconoce que la imposición del trabajo puede asumir más formas que el salario del mercado laboral. El salario es la forma más perfecta para la expresión de la reducción de los seres humanos al trabajo abstracto bajo el capitalismo, pero no es la única con que puede lograrse tal cosa. Dentro de esta perspectiva teórica, cuando los campesinos no están ganando un salario constituyen una fracción importante del sector *no asalariado* de la clase trabajadora. Entonces desempeñan un papel parcialmente similar al de las amas de casa y los estudiantes no asalariados: el papel de la reproducción de su propia fuerza de trabajo como parte del ejército de reserva.

Examinemos un poco más de cerca esta posición del campesinado. Es claro que los campesinos se ligan con frecuencia al capital en forma muy directa a través del trabajo asalariado a tiempo parcial. Éste es el único papel que suelen reconocer la mayoría de los marxistas como una "función de la clase trabajadora". La dificultad del análisis habitual es en parte metodológica. Se quiere clasificar a los individuos en una categoría u otra por su papel dominante. Si un individuo labora la mayor parte de un año en una fábrica, se le clasifica como miembro de la clase trabajadora. Si una persona vive de la tierra la mayor parte del tiempo, es un campesino, no un trabajador. Esto es estúpido. Lo que debemos comprender es que la clase trabajadora desempeña muchos papeles o funciones en su relación con el capital, y que los individuos pasan de una función a otra en diferentes momentos. Cuando un trabajador se encuentra en la fábrica es un trabajador productivo. Cuando realiza labores domésticas o ara

la tierra en la agricultura de subsistencia, la función ha cambiado —ahora nos encontramos en la esfera de la reproducción de la fuerza de trabajo—, pero el trabajador sigue siéndolo, todavía pertenece a la clase trabajadora.

Cuando un campesino dedica unos cuantos días o semanas a la búsqueda de trabajo asalariado, pasa del ejército de reserva latente al ejército de reserva flotante. Si no hay empleos, después de algún tiempo regresará del papel flotante al papel latente. Si hay un empleo, formará parte, durante algún periodo, de la fuerza de trabajo asalariada en lugar de la no asalariada. No hay ningún cambio en la condición de clase, sólo uno en la forma de la relación con el capital. Todas las personas que se ven obligadas a trabajar para el capital —ya sea reproduciéndose como fuerza de trabajo en el ejército de reserva latente o flotante, o produciendo en efecto una mercancía— pertenecen a esa clase trabajadora. La forma de la imposición del trabajo es secundaria.

¿Pero qué decir de los campesinos que producen un excedente que venden en el mercado? ¿No son éstos pequeños burgueses productores que quedan fuera de la clase trabajadora? La respuesta es que siguen siendo integrantes de la clase trabajadora en gran medida, si el resultado de su trabajo es sólo la autorreproducción. Ni siquiera importa que contraten mano de obra asalariada si únicamente están ganando su subsistencia. En esencia, estos campesinos son trabajadores a destajo para el capital, y el precio por unidad que obtienen por sus productos agrícolas es su tarifa. Para entender esto tenemos sólo que subordinar el análisis de la forma al del contenido. Si los campesinos se ven obligados a trabajar, y si es el capital, no ellos, quien gana un excedente en su producción por encima del nivel de

subsistencia, el hecho de que el excedente se extraiga por la vía del mercado y no mediante un salario directo a destajo es secundario. En el caso de los salarios a destajo el intercambio ocurre dentro de la fábrica; en el caso de las tarifas del mercado el intercambio se da fuera de ella. Cuando la fábrica está integrada por campos agrícolas, la distinción se borra en la realidad física al igual que en la teoría. Esto lo saben bien los agricultores contratados, y a veces lo reconocen también los pequeños agricultores "independientes". Durante una reciente huelga de los agricultores norteamericanos, los huelguistas dividieron su "ganancia", o ingreso neto, entre el número de horas que trabajan y calcularon su salario efectivo por hora. Luego, en busca de solidaridad de clase, mostraron a los trabajadores industriales ese salario, que en promedio resultaba muy bajo. Repito: el salario no es el único conducto para la reducción de los seres humanos a trabajo abstracto bajo el capital. No sucede así en el Tercer Mundo ni en el Primero. En todos los mundos donde predomina, el problema central del capital es la imposición del trabajo: cómo lo logre es algo enteramente secundario.

Este entendimiento del carácter fundamental de la necesidad de imponer el trabajo en el Tercer Mundo se vuelve explícito en las discusiones contemporáneas sobre el Nuevo Orden Económico Internacional, sobre todo en lo tocante al comercio exterior y la transferencia de tecnología. Las élites capitalistas del Tercer Mundo han demandado la *liberalización del comercio* de los productos de los sectores intensivos en mano de obra que son más eficaces en la solución de los problemas del desempleo del Tercer Mundo, es decir, más eficaces en cuanto a la provisión de oportunidades para poner a trabajar a la gente. El "problema" del des-

empleo fue una de las controversias principales del desarrollo durante los años setenta. Desde las instituciones del Primer Mundo tales como la Organización para el Desarrollo Económico y Cultural hasta numerosos portavoces del Tercer Mundo señalaron la liberalización del comercio como la clave del uso óptimo del recurso en el que tienen una "ventaja comparativa" los países pobres, según se dice: la mano de obra barata. Desde Taiwán y Singapur hasta la frontera mexicana se señalaron las líneas de ensamblado intensivas en mano de obra como un conducto para la industrialización y la solución del "problema del desempleo" al mismo tiempo. Esta cuestión de los "empleos" se encuentra también en el centro del debate sobre la *tecnología apropiada*. Se condena la transferencia de una tecnología intensiva en capital porque desalienta la creación local de empleos, es decir, la posibilidad de poner a trabajar a la gente. Ésta ha sido una fuente continua de irritación, desde la crítica al desarrollo industrial de tipo de enclave (como ocurre con el petróleo y otras industrias extractivas) hasta la crítica a la mecanización agrícola.

Una de las objeciones principales a la Revolución Verde era que los ingresos y los precios crecientes de la tierra que generaba conducían a una mecanización destructiva de empleos. Algunas personas humanitarias honradas se preocuparon por la pérdida de ingresos para los campesinos. Los estrategos políticos capitalistas se inquietaron ante la posibilidad de que esos campesinos transformaran su ira en una lucha revolucionaria. Cuando los individuos humanitarios no entienden el papel central del trabajo impuesto en una sociedad capitalista aceptan a menudo una solución propuesta por una facción de los estrategos capitalistas: los métodos de cultivo intensivos en mano de

obra (el encomiado modelo japonés) y la ayuda a los agricultores en pequeño (la estrategia del Banco Mundial). En cuanto entendemos ese papel, podemos someter tales planes a un análisis político mucho más preciso de la forma en que cualquier sugerencia dada podría afectar el equilibrio de fuerzas de las clases. Por ejemplo, podemos examinar si los métodos intensivos en mano de obra en cualquier situación dada serán un medio para imponer el trabajo y estabilizar al campesinado, o bien un paso inevitable pero temporal hacia la continuación de la lucha.

Pero aun cuando reconozcamos el carácter central de la imposición de trabajo en el capitalismo del Tercer Mundo y la forma en que tal reconocimiento conduce a una redefinición de la clase trabajadora, ¿qué decir de la inseparable *lucha contra el trabajo*? ¿Es éste un atisbo válido de las demandas y las luchas de los trabajadores del Tercer Mundo? Algunos observadores pueden tener dificultades con esta noción. Quizá digan: ¿Cómo puede hablar usted de una lucha contra el trabajo, una lucha por el trabajo nulo, a los habitantes de los países pobres, donde el alto desempleo y la escasez de trabajo son razones fundamentales de la pobreza? En primer lugar, el desempleo y la escasez de trabajo (pagado) son derivaciones del mercado de trabajo capitalista. Una crítica básica del capitalismo ha señalado siempre el hecho de que éste ha asignado el trabajo en forma desigual: quienes laboran por un salario se ven obligados a hacerlo en demasía; quienes carecen de empleo asalariado no tienen trabajo en absoluto (aunque también se ven obligados a trabajar demasiado en busca de ocupación y en su propia reproducción). La supresión revolucionaria del mercado de trabajo eliminará estos fenómenos tal como ahora los conocemos. La menor cantidad del trabajo necesaria-

rio podrá distribuirse en forma más igualitaria en la sociedad.

En segundo lugar, cuando analizamos el contenido real de las luchas de los trabajadores del Tercer Mundo descubrimos que, como todos los trabajadores, raras veces buscan el trabajo *por sí mismo*, sino que procuran un salario (y luego salarios más altos y menos trabajo) o una tierra que les permita escapar del mercado de trabajo. Veamos a *quienes luchan por un salario*. Un ejemplo muy importante para los Estados Unidos es el de los campesinos latinoamericanos que cruzan la frontera en pos de un empleo asalariado. Muchos de estos trabajadores migrantes buscan el salario como un medio para obtener ciertas metas específicas (por ejemplo, una cantidad dada de dinero para la compra de tierra o equipo para cultivar su predio). En estas situaciones, el buen éxito de su migración, de sus huelgas y sus acciones legales para obtener salarios y luego salarios más altos significa también una reducción de la cantidad de tiempo que deben trabajar para ganar el ingreso que desean. Para quienes tienen un trabajo asalariado, la lucha por salarios más altos no es sólo una demanda de mayor riqueza material. Los salarios más altos se utilizan para reducir el trabajo empleado en la reproducción (labores domésticas, agricultura de subsistencia, etcétera). El hecho de ganar más dinero significa tener que bregar menos para satisfacer sus necesidades; significa más alimentos de las tiendas y menos hurgamiento en los botes de la basura; motocicletas o automóviles en lugar de horas de espera de transportes públicos; máquinas lavadoras en lugar del lavado manual. Y los salarios más altos proveen una base más fuerte para la demanda de jornadas, semanas y años laborales más cortos.

Uno de los ejemplos más claros de la lucha contra el



trabajo es la demanda muy generalizada de tierras por parte de los campesinos. ¡Algunos observadores afirman que éstos sólo quieren trabajar! ¿Pero es cierto acaso que los campesinos son hombres imbéciles que sólo pueden imaginarse la autoimposición del trabajo desde la aurora hasta el crepúsculo? Me parece que el examen de las luchas campesinas revela algo muy diferente. En muchos países del Tercer Mundo, donde el acceso al salario es escaso y las oportunidades de incrementarlo son pequeñas, los campesinos no ven en la tierra sólo la independencia frente a un mercado de trabajo que los explota, sino un medio para reducir el trabajo necesario que deben realizar y para disponer de más tiempo que puedan dedicar a las actividades comunitarias autodeterminadas. Podemos discernir si tienen razón, en general, observando el gasto de energía dedicado al trabajo y la reproducción por quienes se encuentran en el mercado de trabajo y comparándolo con el gasto que se hace en la comunidad campesina. Pero una cosa es segura —como lo demuestra con creces un estudio detallado del campesinado mexicano que publicará próximamente Ann Lucas—: la adquisición de tierra por parte de los campesinos no asalariados no logra a menudo pacificarlos ni sacarlos del conflicto social. Por el contrario, así se amplía su base de poder. Tal adquisición fortalece sus demandas de una tecnología que eleve la productividad. ¿Y qué quieren conseguir con los pozos, los tractores, las semillas de alto rendimiento, etcétera? Lo mismo que desean otras personas: mayor producción, *menor trabajo necesario* y mayor tiempo para las actividades autocontroladas.

¿Actividades autocontroladas? Esto nos lleva al concepto de la autovalorización y al análisis del contenido positivo de las demandas de la clase trabajadora. Acer-

ca de la importancia específica de este tema para el Tercer Mundo, sólo quiero hacer dos observaciones.

Primera: Aunque los trabajadores del Tercer Mundo ocupan un lugar inferior en la jerarquía salarial internacional del capital, y con mucha frecuencia no son asalariados, y en consecuencia pueden tener menor poder, menor riqueza y menor espacio de manobra que los trabajadores de los países desarrollados, la identificación del tiempo y el espacio que poseen sigue siendo esencial como el punto de partida de nuevas luchas. Hay pocos trabajadores tan abismalmente oprimidos y totalmente controlados, en términos físicos y psicológicos, que hayan perdido todos sus deseos y acciones independientes. Por limitada que sea, esa independencia constituye el único cimiento posible de la lucha autónoma. Sólo recurriendo a ese cimiento, y construyendo sobre él, podrá cualquier grupo de trabajadores movilizarse o extenderse y movilizar a otros en una acción complementaria, ya se trate de una resistencia pasiva coordinada (tortuguismo, sabotaje) o de actos agresivos (huelgas, manifestaciones, luchas armadas).

Segunda: Creo que la esfera de las luchas campesinas por la tierra —que han hecho tanto por perturbar el desarrollo capitalista en este siglo— provee uno de los ejemplos más claros de la autodeterminación independiente en contra del capital y en busca de metas separadas. Así como la adquisición del salario puede ser un medio de pacificación dentro del capital o un medio para la renovación de la lucha en su contra, ocurre lo mismo con la tierra. Sin duda existen muchos casos en que los campesinos, una vez obtenida la tierra, se retiran del conflicto con el capital y se convierten en una parte autorreproductora del ejército de reserva latente o en pequeños burgueses terratenientes.

Pero la historia y la realidad actual de los movimientos campesinos están llenas también de ejemplos contrarios, en los que la adquisición de la tierra se convierte en la base de demandas nuevas. Cuando la tierra es un medio para la creación de necesidades nuevas y provee el espacio necesario para el establecimiento de instituciones culturales comunitarias independientes —festivales, bailes, narraciones, historia oral— que rechazan los valores capitalistas y conducen a formas nuevas de organización contra la dominación, nos encontramos dentro de la esfera de la autovalorización. El hecho de que estas actividades puedan asumir una forma distinta de las actividades de los trabajadores urbanos, o que las visiones campesinas de una sociedad alternativa puedan ser muy diferentes de los proyectos de los intelectuales universitarios, tiene el mismo orden de importancia que el hecho de que muchos otros sectores de la clase (hombres, mujeres, negros, blancos, etcétera) difieran en sus visiones. No es preciso que haya homogeneidad en la lucha, ni siquiera una complementariedad sin fricciones. Bajo el capital, la clase trabajadora se organiza en forma jerárquica, y por esta razón es inevitable el conflicto intersectorial (las mujeres, lucharán contra los hombres, pero lucharán también contra el capital, etcétera). Sólo podemos tratar de organizar nuestras luchas de tal modo que su efecto colectivo sea el debilitamiento del capital y el aliento al surgimiento de la diversidad y del crecimiento independiente.

Tenemos aquí un enfoque teórico arraigado en la dinámica misma de la lucha de clases. Éste es el significado de una lectura política de *El capital* y el significado de una lectura política de la propia situación de las clases. En la Introducción que sigue sostengo que debemos “empezar por un análisis estratégico del mo-

delo de desarrollo del poder de la clase trabajadora como la única base posible para el incremento de ese poder. Tal análisis requiere que se parta de un examen de las luchas efectivas de los trabajadores: su contenido, cómo se han desarrollado y adónde se dirigen”. Ésta es sólo otra manera de decir que, aunque reconocemos el carácter doble de las relaciones sociales del capital, siempre debemos enfocar nuestro lado. Debemos identificar los conflictos que escapan a la integración capitalista, las luchas que constituyen verdaderos momentos de autovalorización. Este camino nos permitirá eludir la taxonomía de los modos de producción. Abandonamos las definiciones *a priori*, a favor del desarrollo de nuestras luchas. Aquí debemos empezar, si es que queremos ganar.

Austin, mayo de 1981

H.M.C.